

## Escena I

Una pareja toma café después de comer. Ambos se ven algo tensos y sus gestos parecen forzados. Ella sonríe ingenua, una mano en la barbilla y la otra jugueteando con la cucharilla dentro de la taza, sin llegar a girarla nunca del todo. Si la girase de forma habitual, con la intención de disolver el azúcar, no estaría pensando, sino hablando, y el gesto se conduciría por sí solo, de modo acostumbrado. Pero esta vez está pensando. Oímos lo que está pensando, porque no habrá ya diferencia entre lo que se piensa y lo que se habla. Los gestos, por supuesto, no acompañan, permanecen aislados en sus significados cotidianos mientras que las palabras expresan la incomunicación del día a día, lo que nadie dice.

—No estoy segura de quererte.

Él, distraído, mordiéndose la uña del dedo meñique de la mano izquierda, responde a lo imposible con lo improbable.

—Cuánto tiempo sin comerme un bistec... Me comería un bistec.

La disociación entre el habla y el gesto provocará cierto efecto desconcertante. Ella, dejando la cucharilla, le coge la mano, la izquierda, con delicadeza, y se la aparta de la boca para llevársela a la suya y besarla. En ese acto ella no es consciente del verdadero drama que ha provocado, arrancándole a él uno de sus gestos obsesivos necesarios. Le ha dejado desamparado, sin ese regusto a bistec que le ofrecía la humedad de una uña blanca que ya empezaba a agrietarse entre unos dientes blancos, insistentes, casi de metal. Pero ella no parece escuchar sus apetitos.

—Me has engañado —y pone la mejilla sobre el dorso de la mano que atrapó, sin dejar a un lado nunca su sonrisa artificial. Al instante cierra los ojos, precipitadamente, como si viera llegar el manojito de excusas y quisiera protegerse del destello.

—El olor a perfume... Si no lo huelo... Pero es un error, porque la gente bebe y la carne es tierna, ya sabes, ¿verdad? Es un error. La verdad... El vino tinto... La sangre tiene color de vino... Vino de verdad —ella hace caso omiso de estas palabras y sigue toqueteándole la mano.

—Te apesta la mano a tabaco. Debería olerte las manos con más frecuencia. Cuando la mano te huele a tabaco me doy cuenta de que ya no siento nada por ti. Eso es un error.

—¿Y si te dijera que tuve un desliz? ¿Qué sucedería? ¿Me dejarías? Eso no puedo soportarlo. Me he acostumbrado a estar contigo. Qué error. Cocinas bien... ¿Qué estará haciendo mi madre? Mi madre cocina mucho mejor.

—¿Nos casamos? Al menos si nos separamos, me dejarás dinero.

—¿Pedimos la cuenta?

Él, con la mano aún en la mejilla de su compañera, se inclina hacia adelante para besarla, pero en cuanto la mano se libera por el gesto, él detiene su trayectoria, cede al intento y regresa a su respaldo sin haber alcanzado el otro labio. Quizás porque su intención era tan sólo liberarse de la mano femenina, la labia ya en desuso. De todas formas, fingir el beso se antojaba imprescindible para romper el hechizo y sellar la conversación. Los besos siempre cierran las conversaciones, cuyos posos se acumulan en ese fondo de cerámica que llamamos rencor, listo para romperse en cualquier momento o para revivir su regusto amargo en el sabor de otro café compartido.

Él recupera su mano izquierda, la levanta en un saludo hueco y apela al camarero con naturalidad, sin alzar la voz.

—Camarero, por favor, yo termino pagando siempre.

Con todo, sabemos que tal escena no puede ser más que

un mero experimento de lógica avanzada. El resultado de tratar de conseguir que dos robots intervenidos genéticamente se besen sin angustia. Los dos tan imperfectos todavía y sin embargo, amables. No sabemos de qué color serán sus ojos. A qué distancia está su pelo. Si son robots dormidos o clones de otra cosa. Pero suenan a cajón vacío esos pechos de metal que algún doctor ha puesto en funcionamiento después de algún fracaso personal. De algún error.